
Fidelio Despradel. *Conjura submarina*. Santo Domingo, Edi-tora Alfa y Omega, 1993. 154 p. + anexos no numerados.

La memoria es un género que todavía se ha cultivado escasamente en República Dominicana. Y en un país donde la práctica política, en gran medida, equivale a conspiración o intriga, el silencio de actores o testigos tiene implicaciones en cuanto a la posibilidad de llegar a planos finales de captación de los procesos. Entre los incumbentes del poder el silencio puede explicarse, pero no, en similar medida, en protagonistas de los retos a los poderes. En los actores contestatarios el silencio a menudo se puede interpretar como parte de un juramento de lealtad con la causa: el develamiento de errores y situaciones repudiables haría más daño que bien y sería utilizado por el "enemigo". Se agrega la tan extendida indiferencia por plasmar en negro sobre blanco vivencias y reflexiones, curiosamente tan matizada de diletantismo puramente verbal. Pero, no menos, ha habido también actitudes de desdén en la consideración de nuestro pasado. Los cultores de la revolución tenían la verdad y toda la verdad asida como si fueran una ventosa, y todo lo demás era ejercicio inútil, en nombre de un anti-intelectualismo no demasiado larvado, el cual tenía por sustrato el desprecio a lo que otros hicieran o hubiesen hecho, con la excepción de los triunfadores de otras latitudes. La egolatría, más individual hoy que colectiva, se remoja con pertinentes dosis del (des)encanto post-modernista, que predica la suprema inutilidad del conocimiento histórico, máxime si está regido por determinaciones teóricas y persigue un fin pragmático. El ignorante supino del pasado pontifica que la historia no es una ciencia, y así sucesivamente.

Pues bien, sin que comporte propiamente un examen global del período y menos un examen de conciencia, Fidelio Despradel ha compuesto este libro acerca de episodios en que él participó en la última fase de la lucha contra la dictadura trujillista. Su mayor interés radica en que se sustenta en documentos de aquellos años, cuando entre los enemigos del sistema se emitían en harto escaso número por razones obvias. En lo fundamental estos documentos tratan sobre las comunicaciones de un grupo de la resistencia interna con sectores del exilio. Se conservaron gracias al hecho de que uno de los conspiradores, Manuel García Saleta, hizo caso omiso de la precaución de rigor de que, ya enviados al exterior o descifrados, se destruyeran. Su lectura ayuda comprender vivamente las circunstancias del momento.

Al menos, se capta la ambivalencia en que se encontraban los revolucionarios anti-trujillistas en cuanto a la ayuda de Washington: se había formado ya una voluntad de autosustento, pero en la práctica no se descartaba la aceptación de anuncios de respaldo por parte del imperio yanqui. Se percibe, tanto en el relato como en los documentos, el deslinde de posiciones de izquierda y derecha, hasta entonces no diferenciadas a causa de la prevalencia del compartido objetivo anti-trujillista y de la escasa tradición de acción política. A ese respecto, Despradel asume a sí, para entonces, una carga de ingenuidad política. Vinculado a todo ello, el relato permite dilucidar un capítulo del tipo de mezquino manejo del centro metropolitano sobre los actores de los países dependientes, consistente en hacer labor de distracción y confusión a costa de todos, a fin de que no se altere un ápice el *status quo*.

Roberto Cassá